

BAJO LA ESPUMA

ERA ya mediado julio cuando vino a la pandilla. Sin embargo, estaba aquí desde principio de vacaciones. La veíamos por la noche, echada en una hamaca a la puerta de su chalet, escuchando discos. Solíamos caracolear las bicis frente a la verja de su casa; pero nos ignoraba. Creo que al resto de las flores del grupo les cargaba desde el primer día. La razón era que nosotros anduvimos siempre interesados en ella.

Solía ir con dos pequeñas, de unos cinco o seis años, hermanas o primas suyas, no sé; a las que usaba como perro falderos. Eran iguales y chillonas. Bajaban a la playa con unas blusas rojas y un gorro verde. Descendiendo por el sendero de las rocas, eran auténticos pimientos morrones en marcha. Las mandaba a comprarle chicles o cocas al chiringuito. Cuando pasaban cerca de nuestro grupo nos metíamos con ellas: —«¡Anda rica, dame un traguito, que tengo más sed que ella! ¡Oye, dile, si reparte el chicle conmigo!»— Y las dos enanas saltan de estampida hacia aquella enigmática flor que se bronceaba a algunos metros de distancia.

La verdad es que aquella tozudez nuestra en traerla al redil se debía tanto a sus muchos encantos personales como al escasamente satisfactorio material de que disponíamos. Si quitábamos a la gordita —que por muy buenos ojos con que la miráramos a causa de su generosidad en cajetillas de LM, estaba gorda—, con su biquini marrón martizirando sus carnes de continuo y las tetas en duda permanente sobre si se quedaban dentro o salían cara al público. Desde luego contaban con nuestra amnistía absoluta para tal liberación.



Digo, que además de esa, sólo disfrutábamos de dos gemelas. Monillas de cara; pero bastante esmirriadas y, como es de suponer, levemente repetidas. Luego, la francesita del largo cabello rubio, ladeado sobre uno u otro hombro a efectos eróticos; que, a parte de este alarde decorativo, no se le vio otra gracia en todo el tiempo. Además, si algún otro encanto poseía, sería Juanjo el conocedor; ya que la cultivó más a fondo en largas siestas dedicadas a la pesquera y de las que jamás se les vio regresar con pieza alguna.

Bueno, hubo, sí, dos madrileñas que estaban colosales; pero vinieron sólo para un fin de semana. Fue casi a principio de temporada. Y las vimos Jaime y yo nada más bajarse del coche frente al hotel. Andábamos siempre merodeando por allí a la búsqueda de material aprovechable. Pero me fui de pesca aquel mediodía con mi primo Martín y agarré una insolación. Cuando por la noche sonó el teléfono y oí a Jaime decir: «¡Chico, vente para acá, que estoy con las madrileñas y “tragan” bien!», estaba yo con cuarenta de fiebre. ¡Imposible dedicarme a ellas! Tuve que dejar a las corderitas marcharse a pacer otros pastos... No sé, creo que fue Luis quien ayudó a devorar aquella ricura. Bien, el lunes desaparecieron de nuestro redil.

Estuvo, luego, aquella de las gafas. Gafas, que no lentillas. Con sus ideas, sus deducciones, sus teorías... Barajaba a Mao, Marx, Bakunin, Marcuse, Adorno. ¡La leche! ¡Tenía un carro de cuento! La realidad era que no te buscaba más que para oírse perorar. ¡Hará carrera, sin duda... o acabará por cabrear a Job! Bueno, esa cuando ya me transmitió todas sus cavilaciones y explicó con detalle lo insano de las lentillas y las muy superiores ventajas de las gafas, perdió pie y se onnubió del grupo. Debí arrastrar cierta vida vegetativa durante algunos días y nos dejó por fin.

En realidad me estoy liando a hablarte de las demás; pero es para que veas la tónica general de la temporada. Más bien anodina ha sido y las sorpresas las teníamos ya prácticamente archivadas por entonces. Así que la flor en cuestión podía resultar un buen fichaje, mediado como estaba el veraneo. Pero ella, ni caso, ¡ya te digo!

Y fue una tarde en que apareció Juanjo con la moto. Y, ¡chico!, una moto Benelli, azul y blanca, flamante, en mitad de aquel corral de bicicletas, tira de espaldas a cualquiera. Así que, fue avistar al rey del motocrós, despidiendo centelleos a la caída del sol, y descongelarse el témpano.

Nos juntamos esa noche en el porche de Juanjo, que había traído discos nuevo: el Travolta completo y no sé qué más. Dos días se había tirado el tío en Madrid con absoluto descontrol de la autoridad paterna. ¡Habría que saber, si su padre —fueron los dos a comprar la moto. Digno regalo para unas



dignísimas calificaciones de C. O. U.— si su padre, digo, no gozaba en forma similar del mismo descontrol!

Total que aquella noche dijo, después de mucho misterio y yo creo que por encandilar a la cheli en cuestión, que iba a rociar con esencias mágicas las Cocas. Unas cositas que había conseguido en Madrid con grandes dificultades. ¡Cosa fina, tío! ¡Incomparables partículas de fraternización!... ¡Nos quedamos con los ojos a cuadritos! La verdad es que nunca habíamos probado ni un porro siquiera.

Algunas de las niñas aparentaron ponerse cursis al respecto y que eso no, que se iban. Pero no se fueron. ¡Qué se iban a ir, si estaban más intrigadas que nosotros! ¡Puro teatro, tío! La mayoría aceptaron encantadas la orgía.

La preparación se había hecho a base de algunos cubatas ~ andábamos ya bastante entonados. Sin embargo, para aquella insólita aventura era preferible tomar el portante y largarnos a un sitio donde hubiera menos posibilidades de fiscalización. Enfilamos con el tocadiscos de pilas, los vasos, las Cocas, los discos y demás accesorios hacia la explanada del chiringuito viejo. El chiringuito no ha abierto este verano y allí, entre las palmeras, la oscuridad es tal que nos localizábamos por una leve sombra que acompañaba al ascua de los cigarrillos.

Juanjo ocultaba cuidadosamente en el bolsillo aquello que nos iba a catapultar a lejanas galaxias. No sé, teníamos un poco de prevención. En realidad, no era miedo. Casi lo hacía resultar más emocionante. Aclararé que era mentira todo y que el idiota de Luis, incluso después de confesarle la verdad, se empeñara en asegurar que sentía alucinaciones y que le era imposible apearse en pleno viaje. ¡Gozaba fulgurantes visualizaciones!... ¡Es así de gili el tío! ¡Vamos, querer hacernos el número también a nosotros! ¡Es de chiste cuando se pone en ese plan!

Total, que esa fue la primera vez que anduvo la tal sílfide con Juanjo. Habló poco. Jugaba discretamente a la objetividad, de manera que el distanciamiento breschiano era pura intimidación a su lado. Creo que ya entonces el pobre Juanjo estaba en el bote.

Y, a partir de aquella noche, fue el desastre.

Y mira, que lo cogí una tarde en la playa y le puse un rollazo tremendo al respecto. No sé si lo hice porque me cabreaba supino verlo hecho una mierda como estaba o porque a mí también me gustaba bastante la tal y, si él largaba amarras, alguien podría intentar el abordaje por cuenta propia. Te digo que estaba riquísima la nena, y nos cachondeaba bien a todos a los cinco minutos de estar con ella; aunque fuese en panda. Te juro que las



otras flores se eclipsaban a su lado. ¡Nos llevaba a todos en vilo!... ¡No se decidía nunca doña flor!, ¿sabes? Cuando te creías que la tenías a tus plantas, te pegaba un plantón de campeonato y se largaba por ahí a ofrecer sus tesoros a cualquier otro. ¡Lo que sabía, cielos, la gachí! ¡Y sólo quince añitos! ¡Un record! Luego, con poner cara de inocente conseguía envolverse en una especie de halo virginal, muy anterior a todo aquello del Paraíso y la serpiente. ¡Total!, que andábamos todos detrás de ella como enanos... a pesar de lo muy puta que parecía. ¡Y ya no le va a importar nada que la llame como la llame, porque no me va a oír! En realidad la buscábamos por eso, por aquel alarde de lo sexual que manejaba a maravilla. Era una especie de ciencia infusa que poseía; una sabiduría elemental.

Pero a Juanjo lo tenía como un poseso. Es que Juanjo era diferente. Bueno, tú no lo conocías; pero yo ya había salido con él en la panda el verano pasado y era de los que no se resignaban. ¿Sabes que ganó la regata a remo? Y las de natación: en libres y en mariposas. ¡Si hasta ganó aquel concurso de rock en el aniversario de Elvis Presley! Sí, un «number one», como yo le decía. Creo que por eso yo no tuve conflictos nunca con él. ¡Los primeros puestos no me interesan nada! ¡Mira el «number one» por donde le ha salido a él! ¡Pasa-
porte a las estrellas!

¡Le ponía a cien no tener la cheli en exclusiva! Dos noches seguidas se mamó dos trompas colosales y me alejé, ya a las cuatro de la madrugada, debajo de los pinos y allí le amaneció el lunes. Creo que lloraba, ¡vaya usted a saber!, ¡la que agarró, el gachó!... ¡Y la flor, dale que te pego, a lo suyo! ¡Ni caso, vamos lo que se dice ni caso! ¡Por cabrearlo nada más!

Esa mañana llegué con él a la playa temprano. Y ya estaba ella allí, echadita boca arriba sobre la arena, como un pañuelito puesto a secar. Se había soltado lo de arriba del bikini; pero lo había dejado caer dulcemente sobre su lugar correspondiente. Nos pusimos detrás de una palmera y empezamos a tirarle chinitas. Cuando miró, soplamos para indicar nuestro deseo de que la minúscula piececilla volara. Entonces, sin más, se levantó oreando aquellos dos rosados primores a los cuatro vientos... ¡Y en el colmo del pudor se envolvió en una camisa blanca que solía bajar a la playa y que aseguraba ser de su abuelo, cosa que sólo podía ser cierta si el tal abuelo hubiera sido un mastodonte! ¡Pero esa no era la cuestión! La cuestión es que por estos pagos aún las dulces ninfás no suelen despechugarse en público; aunque sabemos que es un hecho común, aunque prohibido, en zonas relativamente cercanas. Así que nos puso a mil en un abrir y cerrar de ojos; y aún creo que ¡más por la tapada que por la destapada! ¡Para qué decirte! ¡Nada, que la joven era de esa



condición inocente y dadivosa! ¡Pero con todos, ¿eh?, con todos! Lo que pasa es que Juanjo se emperrió... ¡y claro!

Oye, y a veces, le daba a la niña por no salir de casa y nos tirábamos dos días a lo mejor sin verle el pelo... ¡Pero cómo andaría ya de despiportado por ella el pobre que no hacía más que darle en la moto a su casa! ¡Venga pasaditas por los alrededores! ¡Ni bañarse siquiera! ¡Hambreaba por ella, chacho!

Pero no podía imaginar que saliera por el registro que ha salido. Y es, creo yo, por la cochina culpa del «number one» ese, que se lo tenía metido entre ceja y ceja. ¡A buena hora iba yo a perder la chaveta por muy buenísima que estuviera una tía, eh!

Aquella noche apareció Luis con una valija de cartero al hombro. Aseguraba que era comodísima —¡en realidad pesaba horrores!— y podía servir tanto para llevar un mondamientos como para transportar a cualquier flor hasta el mismísimo nido. ¡Decía chorradas así sin parar! ¡Estaba en vena de mitin!, o ¡en vena de feriante! «¡Por favor, amplia valija de cartero al servicio del deseo! ¡Entre, señorita, en el incomparable reino de lo desconocido! ¡Será transportada hasta el límite del cosmos! ¡Ida y vuelta asegurada por el servicio de Correos!» —¡Una manía ha tenido todo el verano con los viajes espaciales, el tío!— «¡Decídase, señorita, y sumérjase en el fondo de mi saco! ¡Yo la recompensaré hundiéndome en el misterio de su cuerpo!» Estas gilipolleces son propias de Luis, que se enrolla hablando como si agarrase una borrachera. ¡Está sonado, creo!; pero, ¡oye!, tiene éxito con las chavalas. ¡Las sofroniza, ¿sabes?!

Y en plena perorata, llegó Juan con la moto. Aguantó muy serio la payasada. Pero noté que le estaba cabreando Luis, sobre todo cuando cogió a la flor en brazos y la depositó en la valija con la camisa del abuelo incluida. Y, sin más, Juanjo le gritó: «¡Sal de ahí y sube a la moto!»

La voz le sonó rarísima, no parecía suya. Debía estar indignado. Al oírlo, Luis se detuvo, y la chica se incorporó y subió a la moto sin rechistar. Se largó con ella a toda marcha.

A mí, la verdad, me importaba un pimiento a donde fueran; pero es que las demás flores se las habían ido pirando aquellos últimos días... ¡Natural, si allí no llamaba la atención otra cosa que la pericia erótica de ella! Así que me repateó bastante que se la llevara así, sin más, y nos dejara mirando. Bueno, además creo que me dio como miedo. ¡Oye, y eso que no me olió nada!, porque Juanjo esa noche no había pobrado ni gota de nada. ¡No creas que lo que hizo fue porque iba tocado, no! ¡Si yo no le había visto beber más que



esas dos noches últimamente! Y sin saber por qué se me removió algo por dentro al verlo así... Pensé: ¡Este se las lía esta noche!

¡Bueno, ya sabes tú como está esa carretera! ¡Vamos, que derrapas y no encuentran ni el apedillo!

La Guardia Civil los vio caer; pero cuando llegaron ya no hubo nada que hacer. ¡Ni rastros! Tuvo que venir un equipo de hombres ranas. Era ya el amanecer cuando consiguieron sacar la moto. Los cuerpos aparecieron ya al mediodía, un poco más lejos. Se ve que los había arrastrado algo la corriente.

¡Ya ves, tío! ¡Qué nos dejó hechos polvo el asunto! ¡Un chaval majo que era! ¡Así, tontamente, a criar malvas a los diecisiete años, eh? ¡Y la chica, otro tanto!...

¡Es una cuestión sobre la que más vale no volver. Yo no pienso nunca en esto. Me hago a la idea de que no ha ocurrido. Y que el verano que viene va a estar otra vez ahí con la camisablanca medio descolgada. ¡Oye, tú, ya está bien que no quiero enrollarme! ¡Con cavilar no se gana nada! ¡Y tú, menos aún, si ni siquiera los conocías!

En la punta del cabo había un faro: dos señales de luz cortas y una larga. Era un lugar para las gaviotas. Desde lejos se las veía posadas en las rocas como piedras blancas. Imposible reconocerlas como pájaros, si alguna no hubiera levantado el vuelo de vez en cuando.

La luna difundía una extraña claridad sobre el acantilado. En lo hondo, el mar era un espejo roto por las sombras.

Ella se agarraba a la espalda de Juanjo tiritando de miedo. Volaban en la moto tan apretados que la noche se quedaba, entera, alrededor. El estruendo del motor espantó a la bandada de gaviotas que saltó al aire.

Al llegar a la cima de la roqueda dio la vuelta a la moto y enfiló el acantilado, allí donde la roca cae cortada a pico sobre el mar. Gritó «¡vamos!» y se lanzó. El golpetazo de la moto hizo saltar las aguas abiertas como un estallido.

Sobre ellos, el mar volvió a aquietar su espuma en tanto que las gaviotas volvían a posarse suavemente sobre las rocas.

